

dos sentimientos y finos y profundos afectos. Cristiana virgen de la poesía, tallada en mármol puro y finísimo de Carrara, más puro, fino y transparente que la diosa pagana, cincelada por Fidias en el mármol del Pentélico, y cantada por lira más dulce que la miel del monte Himeto.....

Mucho podríamos decir acerca de la naturaleza de esta magnífica flor de la civilización y de la poesía, de su trascendencia entre los mismos teutones, cuyos primores y ventajas han encomiado; pero temo cansar vuestra atención, por lo que me limitaré en este breve epílogo á ensalzar la cortesanía de la colonia Hispana de esta ciudad, que, como dije á los comienzos de estas frases, tan importante participación ha tenido en la celebración del Centenario de la Independencia Nacional, y que ha dado con esta magnífica fiesta el primer ejemplo de una remembranza brillante en esta Ciudad magnífica; aquí donde ya alienta el fuego de Vulcano de la Industria y el dios de la alada sandalia, anima y vivifica con su actividad de cruzado nuestras calles y plazas; aquí donde la paz general de la República y su actual bienestar se traduce en impulso general, que debe llevarnos á disfrutar con los beneficios materiales todo lo que dá á la cultura del espíritu: que siempre fué terreno fecundo para el cultivo de esa bella flor natural de la poesía el fecundo del progreso y el bienestar de los países.

¡Quiera el cielo y arraiguen, con este ejemplo, entre nosotros, las fiestas de la civilización y la belleza, que constituyen la gloria de la raza galohispana, antepasados de la colonia española que los promueve, y, en cierto modo, antepasados nuestros!



## *¡Sursum Corda!*

POESIA PREMIADA CON LA PRIMERA MENCION  
HONORIFICA.

Lema: "Ad Gloriam."

Que no sea mi estrofa cual la doliente queja  
De erótica balada, de místico cantar;  
Ni el revolver inquieto y errátil de la abeja  
Que liba miel y aromas, zumbando en el rosál.

No, Numen que me alientas; remóntate á la cima  
Bañada por los rayos eternos del Ideal;  
Y estallen en el verso, revienten en la rima,  
Estruendos de torrente, rugidos de volcán.

\* \* \*

Musa que adornan  
Rojos claveles,  
Cándidos lirios,  
Tierno arrayán,  
Discurra grácil  
Por los verjeles,  
En la Castalia  
Mire su faz,  
Y nos seduzca con sus pinceles  
Y nos aduerma con su cantar.

\* \* \*

Vague la estrofa  
Con blando giro  
Suene la alegre  
Flauta de Pan;

Y delicado  
Como el respiro  
De la azucena  
Y el azahar,

Tierno y amante vuela el Suspiro  
Sobre las alas del Madrigal.

\* \* \*

Yo solo canto  
Mortales duelos;  
La ardiente lucha  
Y el hondo afán;  
Las ansiedades  
Y los anhelos  
A lo infinito  
Y á lo inmortal;

¡Lo que es inmenso como los cielos!  
¡Lo que es profundo como la mar!

\* \* \*

Yo canto las conquistas á donde sólo llega  
El Numen de este siglo titánico y audaz;  
Yo canto del trabajo la gigantesca brega,  
De los modernos cíclopes al rudo martillar.  
Celebro del trabajo la soberana gloria,  
Y ansío que en mis versos se sientan resonar  
El grito de combate y el himno de Victoria  
Que lanza altiva el Genio de la presente edad.

\* \* \*

¡Salve al trabajo!  
Verbo fecundo  
Que al dilatarse  
Por la extensión,  
En vibraciones  
De mundo en mundo,  
En ondas vívidas  
De sol en sol,  
Es el poema santo y jocundo  
Que el Universo le canta á Dios!

\* \* \*

Y éter vibrante,  
Fuerza ó aliento,  
O chispa increada  
Del Hacedor.

Es, bajo el dombo  
Del firmamento,  
Y de los hombres  
En la mansión,  
Luz en las cimas del pensamiento,  
Fuego en el fondo del Corazón.

\* \* \*

Todo es en todo:  
Al soplo mismo  
De lo insondable  
Por la región,  
La vida emerge  
Del cataclismo,  
De fiera lucha  
Surge el amor;

El astro flota sobre el abismo  
Y la esperanza sobre el dolor.

\* \* \*

La luz, alma del mundo, que en primorosas tintas  
Derrámase en la tierra, los cielos y la mar,  
Y en ondas coruscantes y en irisadas cintas  
Despliega por los aires su túnica triunfal;  
Es gérmen y es aliento de todo lo creado,  
Vibrátil organismo y esfuerzo muscular;  
Y hierve bajo el peto brillante del soldado,  
Y late bajo el cráneo de Newton y Pascal.

\* \* \*

¡Es la onda de la vida, potente y gigantea,  
Que anima, de los tiempos y espacios al través,  
El mundo de las formas y el mundo de la idea!  
¡Es la onda de la vida, que hasta en el fango crea,  
Y engendra hasta en los senos oscuros del no ser!  
Es la onda de la vida, la onda vencedora,  
Que extiende por doquiera su omnímodo poder,  
En todo lo que canta y en todo lo que llora,  
En todo lo que lucha y en todo lo que implora,  
Y en todo lo que se hunde para surgir después!

\* \* \*

PQ  
MU  
J8  
191

Alumbra y guía  
 Nuestro destino  
 La idea, antorcha  
 De eterno arder;  
 Es en el vate  
 Fuego divino,  
 Es en el sabio  
 Constancia y fe;  
 La ve en sus sueños Rafael de Urbino,  
 La siente Fidas en su cincel.

\* \* \*

Y hace en lo incógnito,  
 Y hace en lo arcano,  
 Grandiosa síntesis  
 Resplandecer:  
 Y en lo más hondo  
 Del ser humano  
 Enlaza y une  
 Con su poder,  
 A Marco Aurelio con Domiciano,  
 A Jesucristo con Lacenaire.

\* \* \*

La idea es todo:  
 Cálculo y ritmo,  
 Poesía y ciencia,  
 Razón y fe;  
 Brota el poema  
 Del logaritmo,  
 De los fenómenos  
 Surge la ley,  
 Y de los senos del algoritmo  
 La masa enorme de Leverrier.

\* \* \*

¡Obreros de la idea!—Llenad de resplandores  
 La senda tenebrosa del mísero mortal;  
 Verted sobre las almas del corazón las flores!  
 ¡Guardad para vosotros los cardos punzadores,  
 Las hieles de la vida. . . . . ¡tal es vuestra heredad!

Vuestra palabra sea—ante el dolor y el crimen  
 Henchida al mismo tiempo de cólera y bondad—  
 Consuelos y esperanzas á los que tristes gimen,  
 Y para los tiranos, y para los que oprimen,  
 El látigo de fuego que hiere sin piedad!

\* \* \*

Poetas! El pasado no ha muerto todavía;  
 Aun dura y se prolonga la era medioeval!  
 De nuevo feudalismo bajo la planta impía  
 La humanidad solloza; y ennegreciendo el día,  
 Levántase, siniestra, la cruz pontifical!  
 Vosotros, que al progreso rendís noble homenaje,  
 Vosotros, adalides del bien y la verdad,  
 Clamad contra esa afrenta! Clamad contra ese ultraje!  
 Que estalle vuestro verbo sobre el humano oleaje!  
 Con el fragor del trueno que rueda sobre el mar!

\* \* \*

El dios de la ignorancia con mil fantasmas puebla  
 La mente de los hombres sin ciencia ni virtud:  
 ¡Deshaga el astro hermoso la pavorosa niebla!  
 ¡Haced, oh pensadores, que el manto de tiniebla  
 En clámide se torne de esplendoroso azul!  
 Gigantes de la idea! Si hay tósigos que enfermen  
 E infundan en las almas estólida quietud,  
 En esas pobres almas que envilecidas duermen,  
 De la verdad eterna depositad el germen;  
 ¡Volcad en esa sombra vuestra ánfora de luz!

\* \* \*

Mas ya en la negra noche que envuélvenos traidora  
 Se sienten los latidos del suspirado albor;  
 ¡Sonad vuestros clarines, heraldos de la Aurora!  
 ¡Que rasgue el viento, vates, vuestra canción sonora!  
 ¡Cantad, que se avecina la luz del nuevo Sol!  
 Vosotros, que de ideas guardáis rico tesoro,  
 Vertedlo sobre el mundo con santa abnegación!  
 ¡Templad de los que sufren el calcinante lloro,  
 Y el pensamiento sea relámpago de oro  
 Que hienda los oscuros abismos del dolor!

Juan B. Tijerina.

## *Las Voces Pesimistas.*

POESIA PREMIADA CON LA SEGUNDA MENCION  
HONORIFICA.

**Lema: Malgré Tout.**

### **Voz de la Musa.**

Poeta, no te opongas; es el Arte  
la enfermedad sutil que ha de matarte:  
es fuerza que tu vida se consuma  
en arrancar tristezas de un abismo  
y en dar tus versos y tu amor, lo mismo  
que el sol da rayos y la flor perfuma . . . .

Canta tu amor y adora tus cantares;  
lleva dentro de tu alma tus altares  
y sé tu sacerdote en tu armonía;  
y en tus ansias divinas y gloriosas,  
no esperes la poesía de las cosas  
sino dale á las cosas tu poesía.

Así, podrás, tus vanos oropeles  
transformar en coronas de laureles  
contra la vida y el dolor, adversos;  
y dominando Dioses y Vestiglos,  
cruzar la carretera de los Siglos  
en la triunfal carroza de tus versos . . . .

### **Voz de la Vida.**

Poeta, estás enfermo; ya no escribas . . . .  
el paso del rencor y las diatribas  
ha envenenado todo cuanto existe,  
y hasta un negro dolor hay en el goce  
de tu soñar. Tu amada te conoce  
porque eres el más pálido y más triste.

Como del árbol en estéril duelo  
queda prendida la raíz al suelo,  
aunque la flor embalsamando rueda,  
así de la cosecha literaria,  
al paso de la poda sanguinaria  
el Verso brota y el Dolor se queda.

¡Sólo el Dolor es grande y verdadero!  
muere la flor marchita en el sendero  
mientras su aroma por los campos pasa  
aliviando al pasar, al peregrino.  
El Genio es como el sol en su camino:  
alumbra á todos, mientras él se abrasa . . . .

### **Voz de la Humanidad.**

También, poeta, del terruño humano  
en los surcos estériles, el grano  
del artístico bien, muere infecundo,  
pues á pesar del arte y la poesía,  
la Humanidad solloza todavía  
y aun se desangra el corazón del mundo.

Tú has de aumentar tal vez su sacrificio:  
el Arte es como el oro, como el vicio,  
como el amor, la gloria y la hermosura;  
algo que por su plácida clemencia,  
nació para endulzarnos la existencia  
¡y nos la llena siempre de amargura!

### **Voz de los Siglos.**

. . . . Aunque, escribiendo, cruces el destino  
has de pasar también por el camino  
que lleva del presente hacia el futuro,  
como un ebrio, que cruza una calleja  
á la luz de la luna, y que no deja  
ni el paso de su sombra por el muro.

Porque los siglos cambian de tristezas;  
la Humanidad persigue otras bellezas  
y renueva en su vida los pesares,  
colocando en sus trágicos anhelos  
nuevas constelaciones en los cielos  
y en la tierra otro Dios y otros altares.

Tus versos, en que tu alma se consume,  
están hechos de luz y de perfume; . . . .

pero perfume y luz que nos consuelan  
en la existencia duran un momento,  
porque perfume y luz se lleva el viento:  
la luz se apaga y los perfumes vuelan.....

Vale más el silencio de las cosas;  
hay algo de inmortal bajo las fosas  
cuando sus mudos diálogos entablan  
y dejan, con callar, mejores rastros,  
los cielos, las montañas y los astros:  
¡los Dioses son eternos porque no hablan....!

**Voz del Poeta.**

Tenéis razón ¡oh pesimistas voces!  
por el divino afán, huyen los goces;  
la vida es corta y la carrera es larga  
y mueren al cruzarla los artistas;  
tenéis razón, ¡oh voces pesimistas!  
y sobre todo ¡tú la más amarga!....

Yo quisiera dejar laúd y Musa;  
mas como el iris que un diamante acusa  
surge de pronto el vendaval adverso  
y es un germen tenaz que me consume;  
un exceso de luz y de perfume  
que no cabe en el alma y se hace verso....

Por eso el bardo su existencia inmola  
como una flor, que vuelve la corola  
á las manos humanas, atrevidas,  
y como el sol, que con augusto duelo,  
pasa regando en el azul del cielo  
fuerza, calor y luz por sus heridas....

**Joaquín Méndez Rivas.**



## *La Misión de España.*

POESIA PREMIADA CON LA TERCERA MENCION  
HONORIFICA.

**Lema: Deus Vult!**

¡Dios lo dispuso al dirigir la prora  
De la nave, en que el hijo de Liguria  
Del "Mar Ignoto" desafió la furia,  
Conduciéndola á playa salvadora!  
¡Dios lo dispuso al proclamar señora  
Del orbe nuevo, á España prepotente,  
Y ese mundo al poner bajo su auspicio,  
No fué corona que otorgó á su frente,  
Sino misión de lucha y sacrificio.

La savia generosa de la Iberia  
De Isabel y Fernando  
Se transfundió en la arteria  
Del mundo de Colón. —Cortés, Ovando,  
Olid y Sandoval, se lanzan ciegos,  
Llevados por el soplo del destino,  
Abriendo con el gladio su camino,  
Sordos á la amenaza y a los ruegos....  
En su furor leonino  
Devastan tribus, sacrifican reyes,  
Sofocan el valor del temerario,  
A sangre y fuego; imponen nuevas leyes;  
Al ídolo derrocan del santuario  
Y en él se erige al Mártir del Calvario.  
Cruza el istmo Balboa, que el Atlante  
Separa del Pacífico gigante  
Y encadena á la par dos hemisferios;  
Y en el nombre de Dios, abre la vía

Por donde va Pizarro, á los imperios  
Que baña el sol al terminar el día.  
Con él va Almagro, que á pisar se atreve  
De los Andes la nunca hollada nieve;  
Y Valdivia, que reta al araucano  
Y, tras sangrienta lucha,  
Vencido rueda por el héroe indiano;  
Y el mundo, con terror y pasmo, escucha  
De Ercilla el inmortal la voz suprema,  
Héroe y cantor del épico poema . . .  
Solís, Pinzón, y Niño, y Orellana,  
Y Córdoba, Pineda, y las legiones  
Que enderezan la proa castellana  
Con rumbo á las regiones  
Que yacen del misterio entre la niebla  
Y la imaginación de monstruos puebla . . .  
Y Magallanes, que al romper la ola  
Del Estrecho soñado, con la quilla  
De su nave, enarbola  
La enseña de Aragón y de Castilla;  
Y del Cano, que acaba la proeza  
Que el portugués empieza,  
Y exclama, al ver que circundado el mundo  
Queda á su patria y á su Rey sumiso:  
"¡El primero soy yo que te circundo! . . ."  
¡Y así lo hicieron porque Dios lo quiso!  
Donde ponen el pie, radica España:  
España con su gloria,  
Su impulso, su ambición, su cruenta saña;  
Con su fe inquebrantable, con su historia,  
Su abnegación, su fuerza, su hidalguía,  
Su saber, su prejuicio  
¡Cuanto en ella es virtud, cuanto era vicio:  
Lo bueno y malo que en su seno había . . .  
La nación que así daba  
Todo germen que en ella palpitaba,  
No fué tutora ruda y avarienta;  
Fué la madre modelo,  
Semejándose al ave que alimenta  
Con sus propias entrañas al polluelo.  
De allá nos vino el formidable anhelo  
De patria y libertad, que ella mantuvo

Al defender su suelo  
En las sangrientas lides que sostuvo  
Contra Cartago y Roma  
Y los soberbios hijos de Mahoma,  
Y, que al ser invadida por la Francia,  
Es la fuerza que doma  
Del César no vencido la arrogancia.  
Absorta y muda se quedó la tierra  
Al ver que el Chimborazo  
Levanta al cielo amenazante el brazo  
Y da el grito de guerra.  
El eco de los Andes, cumbre á cumbre,  
El exhorto repite á la osadía,  
Llevando el germen de ardorosa lumbre  
Que hace á la noche concebir el día.  
Despierta el Plata al gaucho que dormía  
Bajo el bambú pampero;  
Arrastra el Orinoco furibundo  
A la lucha, al llanero;  
Del Magdalena el llanto gemebundo  
Convierte el Cauca en el rugir guerrero;  
Se oye del Maipo en la arenosa orilla  
Cantar la Musa que inspirara á Ercilla;  
Y aquí, en el Norte, el turbulento Bravo,  
En su épica locura,  
El cáliz trueca del humilde Cura  
En el acero redentor de esclavo . . . !  
¡Dios lo quiso! . . . ¡Así fué! . . . Desde el abismo  
Surgían las legiones de titanes,  
Y en él las sepultaba el heroísmo  
De indómitos iberos capitanes.  
Surgían otra vez . . . diez veces . . . ciento . . .  
Y la sed de matar no se saciaba . . .  
Crecía el ardimiento,  
La destrucción crecía . . .  
Pero el ojo de Dios los contemplaba  
Y la mano de Dios los conducía . . .  
¡El caos! . . . ¡Es verdad! . . . El caos profundo  
Que Dios necesitaba  
¡Para hacer la creación de un Nuevo Mundo . . . !  
Ya su misión cumplida,  
Deja en cien pueblos su fecunda vida . . .

¿Dónde está el vencedor de esa campaña?  
¿Quién resultó vencido? . . . Las naciones  
Que hoy ostentan de libres los pendones,  
¿Sus vínculos rompieron con España?  
Al callar sus rugidos los cañones  
Y deponer la muerte su guadaña,  
En vez del ronco grito  
Que arrojó la Discordia  
Se escucha el himno santo de Concordia  
Que alza el orbe español al Infinito.  
Madre é hijas tendiéronse los brazos,  
Y estrechan más los lazos  
Broncíneos que las unen . . .  
¡Lo que ata Dios, los hombres no desunen!  
Y así en adversidad ó en venturanza  
Los pechos vibrarán en armonía:  
Una sola será nuestra esperanza,  
Mutua la pena, mutua la alegría,  
Por más que el orbe entero se opusiere . . .  
¡Y así será! . . . ¡Será! . . . ¡Pues Dios lo quiere!

Rafael de Zayas Enríquez.



## Escenas Juveniles.

POEMA PREMIADO CON LA CUARTA MENCION  
HONORIFICA.

Lema: Vivir es la dicha,  
Vivir es amar.

### CANTO I.

#### I.

Una mañana, al principiar Enero,  
Sus puertas el Colegio de mi Estado  
A la parvada estudiantil abría:  
La juventud, riquísimo venero  
De fe, de porvenir y de nobleza,  
Y la niñez, tesoro inmaculado  
De inocente candor y de belleza,  
El gran patio de estudios invadía.  
Yo que la edad tenía  
Del grato afán y del amor primero,  
Tendiendo al sol las juveniles alas,  
Al patio penetré de mi colegio,  
Como al alcázar regio  
De aquella juventud llena de galas.

#### II.

¡Cómo recuerdo la mañana aquella!  
Dispersos en el patio y en las clases,  
Grupos de compañeros conversaban  
Atropellando las vertidas frases.  
Mas con esa elocuencia, la más bella:  
Con la ardiente elocuencia que tenía,  
Más que palabras, notas y colores,

Porque, más que el estudio, la formaban  
El ardor de los años juveniles  
Y el estro de sus vírgenes amores.  
Con qué placer pintaban  
Aquellos soñadores  
El grato afán de los dieciocho abriles.  
Quien deseaba ser sabio verdadero  
Para poder con clara inteligencia  
Penetrar los recónditos arcanos  
Que ofrece á los espíritus la ciencia;  
Quien quería las glorias del guerrero,  
Y soñaba con triunfos soberanos,  
Con vítores, con arcos y laureles;  
Quien amaba con fêvido entusiasmo  
El compás, la paleta ó los cinceles;  
Quienes acariciaban con delicia,  
De la presente edad por un sarcasmo,  
Ensueños de honradez y de justicia;  
Y quien, en fin, con el primer esfuerzo  
De su numen, sintiéndose poeta,  
Iba á decirnos en sonoro verso  
La hermosura gentil de su Julieta.

III.

¡Cómo recuerdo la mañana aquella!  
La luz del sol, que eternamente sella  
Un pacto con la gloria,  
Por los altos y grandes ventanales  
Descendía en espléndidos raudales  
Sobre los prismas de óptica ilusoria  
De aquella juventud hermosa y bella.  
Rayos de sol, sobre las frentes pálidas,  
Prodigaban caricias voluptuosas  
A los ensueños, púdicas crisálidas  
Que, enamoradas del azul del cielo,  
Iban muy pronto á remontar el vuelo,  
Convertidas en raudas mariposas.

IV.

Aquellos soñadores;  
Aquellos argonautas atrevidos;

Aquellos caballeros que se armaban;  
Aquellos esforzados gladiadores  
Que en el palenque del saber luchaban;  
Por las olas del ponto combatidos,  
O errantes vagabundos  
Por esos campos de Montiel lanzados,  
En su empeño febril, tal vez irían  
A encontrar el famoso vellocino,  
O de Colón los ignorados mundos.  
Tal vez, ¡desventurados!  
Por un ciego capricho del destino,  
A pesar de su esfuerzo, quedarían,  
En los sangrientos campos de la lucha,  
Tristes y malferidos caballeros;  
Pues si era mucha su esperanza loca,  
Era también su inexperiencia mucha;  
Si eran sus almas de cristal de roca,  
Los escollos también eran arteros,  
Frágil la carabela en que bogaban,  
De las olas, indómito el azote,  
Y las únicas armas que llevaban  
Para salir avantes,  
Aquellas con que el genio de Cervantes  
Armara caballero á Don Quijote.

V.

¡Quién sabe cuántos cardos punzadores  
En el sendero habría!  
¡Quién sabe cuánta nube empañaría  
A poco andar, los horizontes bellos...!  
Mas de sus cortos y felices años  
Aquella juventud en los albores,  
Sólo mirando en su camino flores  
Y en el cielo celajes y destellos,  
¡Qué sabía de negros desengaños!  
Ni ¡cómo desconfiar de sus destinos  
En esa edad en que se ve la vida  
Como á través de un prisma de colores!  
¡Dichosa edad de ensueños diamantinos!  
¡Dichosa juventud de gozo henchida,  
Que, antes de entrar del mundo en la contienda,



Ibas bordando tu anchurosa senda  
De atrevidos palacios encantados!  
¡Dichosa juventud que así marchabas  
Sembrando amor y recogiendo rosas!  
¡Dichosa juventud que así poblabas  
De querubes alados,  
De genios y de vírgenes hermosas  
Los campos de tu ardiente fantasía,  
Como tu rauda inspiración brillantes!  
¡Dichosa juventud que todavía  
Te absorbes y embelesas  
Con aquellas imágenes flotantes  
De sus cuentos de hadas y princesas!

VI.

¡Dichoso yo que entonces el encanto  
Pude también sentir de aquel anhelo  
Que los delirios juveniles calma:  
Anhelo sacrosanto  
Que enciende muchos astros en el cielo  
Y un reguero de soles en el alma!  
¡Feliz aquella hora  
En que miré el semblante peregrino  
Del ángel de mis sueños adorados,  
Que el rumbo decidió de mi destino!  
¡Hora de adoración, hora bendita  
Aquella en que surgió deslumbradora,  
En sus bellos jardines encantados,  
La blanca aparición de Margarita!

VII.

Mas, ¿cómo se encendió la inmensa llama  
De la voraz hoguera  
Que todavía el corazón me inflama?  
¿Cómo brotaron las tempranas flores  
Que abrió con su calor la primavera? . . . . .  
Pero ¡ah! dejad, dejad que tome aliento:  
Ante el sol de mis plácidos amores,  
Que en la mitad de su carrera brilla  
Alumbrando la ruta del destino,  
Calla mi labio tembloroso, y siento

Que el alma se arrodilla . . . . .  
¡Es tan hermoso el luminar del día!  
¡Es tan hermoso, angélico y divino  
Tu semblante de sol, amada mía!

CANTO II.

I.

¿Quién, cuando apenas incipiente bozo  
A sombrear su labio comenzaba,  
En sueños no miró lleno de gozo,  
Como á través de un velo transparente,  
Algo como una sombra que deslumbra;  
Algo como una luz resplandeciente  
Sumergida y envuelta en la penumbra;  
Algo como un contorno que indeciso  
Flotaba dulcemente,  
Meciéndose en la bruma de ese sueño  
Que tuvo los encantos de un hechizo?  
Y ¿quién no comprendió que aquello no era  
El ángel de la guarda que risueño  
Nuestra cuna solícito meciera,  
Ni el hada misteriosa  
Que dulces y juguetes nos traía  
En la noche de Reyes venturosa;  
Sino la blanca aparición que un día,  
Pronto tal vez, muy bella y ruborosa,  
Tendría que surgir á nuestro paso,  
Para encender acaso  
La ardiente llama del amor primero:  
Hermosa aparición que nos fascina,  
Y que, á través del universo entero,  
Se busca, porque el niño la adivina,  
Y la presiente aunque jamás la nombra?  
¿Quién, desde entonces, con fruición no anhela,  
Después de ese trastor no  
Que de la infancia fué la despedida,  
Asír aquella luz, aquella sombra,

Aquel vago contorno  
Que en el alma dejaron una estela  
De luz, de amor, de porvenir, de vida?

II.

La mañana de aquel hermoso día  
En que, después de largas vacaciones,  
Sus anchas puertas mi colegio abría  
A nuestras juveniles ilusiones,  
Salíme de mi casa y, paso á paso,  
Crucé por mi calleja solitaria  
Con mi libro de estudios bajo el brazo . . . . .  
Como arrullos de aves en el nido,  
Como de amor dulcísima querella,  
Como de alguna virgen la plegaria,  
Llegó de pronto, incierta, hasta mi oído  
Una tierna sonata de Beethoven.  
Mi paso apresuré . . . . . Púdica y bella  
De súbito, á través de su ventana,  
Descubrieron mis ojos una joven,  
Como una flor de abril, fresca y lozana.

III.

Sentí que el corazón se me salía,  
Rompiendo de mi pecho la clausura;  
Quise marchar y, como no podía,  
Absorto contemplé tanta hermosura  
En quince primaveras condensada:  
Era su frente pálida y serena;  
Apacible la luz de su mirada  
Como la del lucero de la tarde,  
Y su lozana tez de virgen criolla,  
Al beso de la luz, era morena  
Desde que el sol que en nuestros climas arde  
Se enamoró de tan preciada joya.

IV.

Con delicada mano  
La joven recorría  
El teclado sonoro del piano . . . . .  
Pasé; volví á pasar, y me sedujo

Otra vez la beldad de aquella joven,  
A la par que en mi loca fantasía,  
De dulcísimas notas al influjo,  
Risueñas lontananzas me fingía  
El alma soñadora de Beethoven.  
¡Oh corazón fecundo  
De aquella artista hermosa y adorable!  
¡Oh corazón poeta del sonido!  
Uno del otro amado y comprendido,  
Desde la eternidad hasta este mundo  
Os dabais un abrazo interminable.

V.

Febil y apasionado,  
Aquel ser adorable proseguía  
Escalas y registros recorriendo,  
Y arrancándole en cada melodía  
Sollozos y ternezas al teclado;  
De pronto su semblante,  
Hacia este mundo de mi amor volviendo,  
Sus ojos se encontraron con mis ojos;  
Y, perdiendo el compás por un instante,  
Subieron á su frente los sonrojos . . . . .  
Entonces, despertando do mi sueño,  
Palpé la realidad de mi existencia:  
Sentíme avergonzado en su presencia,  
De mi amoroso empeño;  
Y, recobrando la perdida calma,  
Hacia el colegio apresuré mi paso  
Con mi libro de estudios bajo el brazo,  
Con mi mundo de sueños en el alma.

VI.

Varios días sin verla transcurrieron,  
Sombras de una letal melancolía  
Sobre mi frente pálida cayeron . . . . .  
Recuerdo que subí, como solía,  
Una tarde á estudiar en la terraza  
De mi pequeño cuarto de estudiante,  
Por ver si así mis penas distraía,  
Descubrí desde lo alto de mi casa  
A lo lejos un sol agonizante

Que, á través de los limpios horizontes  
Lanzando de su lumbre inmenso río,  
Iba á incendiar las crestas de los montes,  
Mientras que, en el revuelto caserío  
De mi ciudad natal que tanto asombra  
Al que la mira por la vez primera,  
Se sentía flotando por doquiera  
El beso de la luz y de la sombra.

VII.

Un hermoso y feliz descubrimiento  
Vino á sacarme entonces  
De ese deslumbramiento:  
Cerca de donde se alza un campanario  
Con sus negruzcos y pesados bronce;  
Cerca de donde tiene su santuario  
El alma del creyente,  
Tenía su casita, su sagrario  
La virgen hechicera,  
La diosa de mi culto reverente.  
De dos divinidades que se unían,  
Por un hermoso y singular ejemplo,  
Las humildes paredes se envolvían  
En las pesadas moles de cantera.....  
Aquello parecía, aquello era  
Un templo penetrando en otro templo.

VIII.

Absorto contemplaba la terraza  
De la humilde casita,  
Grato edén de mis sueños juveniles,  
Donde la virgen de mi amor habita.  
La tarde aún con claridad escasa  
Bañaba los contornos y perfiles  
De terrosos pretiles  
Coronados de hileras de macetas,  
Donde lirios, jazmines olorosos,  
Claveles, rosas, nardos y violetas  
Unen sus tallos frescos y jugosos  
Para formar un manto de verdura  
Salpicado de limpidos colores.

Ante tanta y espléndida hermosura,  
Creí que aquellas flores  
Con el cáliz pletórico de aroma  
A perfumar venían mi existencia;  
Contemplaba aquel punto deslumbrante,  
Pequeño como un nido de paloma,  
Grandioso como el culto de mi vida,  
Cuando de pronto apareció radiante  
De hermosura, de gracia y de inocencia,  
Llena de encantos y de hechizos llena,  
De su terraza en la mansión florida,  
La virgen de mis plácidos amores,  
Descollando cual púdica azucena  
En un hermoso búcaro de flores.

IX.

Ignoro cuánto tiempo quedaría  
Absorto y arrobado  
Ante aquella visión de la que adoro.  
Mas los bronce del templo que se alzaba  
Junto al sagrario de la amada mía,  
Con el hondo clamor acompasado  
Del ángelus sonoro,  
Me fueron despertando lentamente  
De aquel arrobamiento en que me hallaba.  
Yo que creyente me sentía entonces;  
Yo que ya el nombre de mi bien sabía,  
Lo pronuncié con labio reverente,  
Pensando que á los cielos ascendía  
Con la oración vibrante de los bronce.

---

CANTO III.

I.

Muchas tardes así, llenas de encanto,  
Me vieron en mis dulces embelesos  
Contemplando á lo lejos su casita,  
Que era, de mi pasión en los excesos,